
FÓSIL

Un relato de
Víctor Navarro Remesal

Del volumen
**OFICINA DE
RECUERDOS PERDIDOS**

A la venta a partir de
Marzo de 2009

www.OficinaDeRecuerdosPerdidos.com

© Víctor Navarro Remesal

La excavación era tan inmensa que cada vez que Saamza la miraba se sentía ridículamente diminuto. No importaba que llevara trabajando en ella años (santo cielo, años ya), siempre que ponía el pie en ella el efecto era el mismo. Aquella extensión le pareció una prolongación física de esa otra que le separaba del día en que llegó al valle, arrastrando (o, tal vez, arrastrado por) poco más que sueños y teorías disparatadas. Se había tenido que costear el viaje por su cuenta; nadie se tomó en serio su interés por aquella zona desconocida. Qué diferente era todo ahora.

No es que la apuesta resultara de inmediato. Las primeras pruebas, más bien, vinieron a dar razón a los escépticos, a aquellos que le miraban con lástima y, lo peor de todo, a aquellos que deseaban su fracaso. Estos últimos, por suerte, no eran tantos: más bien abundaban los que devolvían bostezos a su entusiasmo. Él, bragado como siempre, conservó su ánimo. La paleontología, para su desgracia, había dejado de interesar al público general hacía tiempo, pero todo esto lo había aceptado antes de empezar. Tragó tierra y polvo y siguió adelante.

Trabajó en varios empleos a la vez, convenció a algunos amigos y familiares, buscó algunos patrocinadores arriesgados... todo para poder costear el hallazgo de esos primeros restos (de cuya existencia nunca dudó) que despertarían el interés de fuerzas científicas y económicas mucho mayores. Si eso llegaba, lo demás vendría solo.

Cuando por fin había logrado reunir la cifra prevista, compró los equipos necesarios, reunió a algunos de sus estudiantes que estaban interesados en el proyecto (y que trabajarían sin compensación económica) y se lanzó a la aventura.

Aún quedaba mucho sufrimiento por delante. El carácter optimista de Saamza y, sobretudo, lo impagable de su recompensa, le habían hecho restar importancia a tantos días interminables. “No fue para tanto”, solía repetir ahora, “sólo necesitamos paciencia y constancia”. “Y mucha motivación”, cerraba. Los periodistas, cuando le oían, asentían al unísono. No podían imaginar las largas jornadas de trabajo lento, desesperante y

milimétrico, bajo la constante vigilancia de un sol que parecía dispuesto a derretir las espaldas de aquellos pobres ilusos.

Saamza agradecía a menudo su ayuda a los estudiantes que le habían acompañado desde el principio. Aunque algunos le abandonaron (no les culpaba), la mayoría hicieron frente al agotamiento, a la frustración y a las duras condiciones de la zona sin queja alguna. Quizá habían viajado allí sin plantearse siquiera los resultados, quizá sólo querían vivir un poco más en los sueños de su infancia.

Hoy, la excavación albergaba a cientos de trabajadores que trajinaban sin parar, pero ninguno como aquellos estudiantes. Eran jóvenes que pertenecían a las últimas generaciones que habían fantaseado durante su infancia con bestias primitivas, mundos salvajes, y las pequeñas muescas que aquel pasado había dejado en su mundo. Las generaciones actuales habían olvidado aquella ilusión, pensó. Se había perdido el espíritu de aventura de los tiempos pasados.

Pero todo eso cambiaría cuando él sacara a la luz su increíble hallazgo. Todos volverían a soñar con aquel pasado remoto, volverían a sentir el romanticismo de encontrar algo desconocido enterrado en un mundo que creían conocer al detalle. Eso, recordaba, lo había tenido claro desde que encontraron aquel primer resto.

Al principio, ni él ni sus ayudantes prestaron demasiada atención a aquella enorme roca. Lo único que le pidieron fue que les facilitara información sobre el contexto de aquel nivel de terreno. Cuando realizaron los primeros análisis su sorpresa fue enorme: ¡se trataba, sin duda alguna, de hueso!

Siguieron desenterrando; pronto confirmaron que aquello no era otra cosa que un dedo de un gigantesco pie. Su importancia no radicaba en la forma (no era la primera vez que veían estructuras similares) sino en sus exageradas dimensiones: aquel dedo era casi tan grande como el propio Saamza.

Aquel primer hallazgo provocó, tal y como había supuesto Saamza, un terremoto en la comunidad científica. Poco después, sacudía también la prensa generalista. Lo tenía, mucho más increíble que cualquiera de sus hipótesis, que cualquiera de sus fantasías más vergonzosas, lo había conseguido. El dinero llovió.

El futuro de la excavación estaba asegurado. El ritmo de trabajo se multiplicó, y en pocos meses ya habían desenterrado la mitad de los restos de aquella criatura. Saamza, mientras tanto, tuvo que tratar con inversores, con comités científicos, con medios de comunicación. Con todos ellos (especialmente con los últimos) fue un hábil estratega: al fin y al cabo, nunca antes se había visto nada igual, por lo que debía ser muy cuidadoso.

No quiso matar la sorpresa, ni forzar la credulidad de la gente, ni afirmar nada de lo que no estuviera seguro. Saamza envolvió su excavación en un estricto secretismo, lo que, dicho sea de paso, aumentaba la expectación de manera considerable, preparando el camino para la gran revelación.

Aquella misma semana habían terminado de desenterrar todos los restos. Un esqueleto casi entero, en unas condiciones bastante buenas, tan enorme que no se podía ver el final desde sus extremos. Aquel ser tenía cuatro extremidades, y pronto Saamza tuvo indicios de que caminaba sobre sus patas traseras, dejando con bastante probabilidad las delanteras para ayudarse en determinadas maniobras. La columna vertebral presentaba una curvatura muy ligera, por lo que aquel ser debía caminar casi erguido. Su cavidad craneal era, del mismo modo que el resto del cuerpo, descomunal. Esto, unido a los dedos de las extremidades delanteras, que presentaban una disposición bastante ágil, le sugirió a Saamza la teoría de que aquel ser fue capaz en vida de manipular objetos.

Era una suposición arriesgada, pues no había pruebas que así lo indicaran, pero le gustaba elucubrar al respecto. Después se repetía a sí mismo que con toda probabilidad la mayor parte del cerebro estaría compuesta de sustancias que protegieran al núcleo de posibles golpes (quizá de la vibración que producía al caminar), por lo que el verdadero cerebro sería mucho menos desarrollado.

Aún así, Saamza no paraba de plantearse cómo sería aquel ser, tan diferente a todo lo que la ciencia había conocido hasta la fecha, cuando aún estaba vivo. Los análisis indicaban que tenía miles de años de antigüedad, cifra que le pareció muy pequeña. Presumiblemente aquella especie había poblado el planeta en el periodo anterior al gran cambio climático, desapareciendo con éste. Por lo tanto el mundo que conoció aquella criatura era muy diferente del de Saamza. ¿Dónde viviría? ¿Cómo conseguía el alimento? ¿Cuáles eran sus hábitos sociales? A él le gustaba preguntarse si aquellos seres habrían convivido con sus antepasados primitivos. Le gustaba imaginarse a sus bárbaros e irracionales ascendientes huyendo de la persecución de aquellas bestias gigantes, escondiéndose en cuevas mientras aquellas intentaban atacarles. ¿Habrían coexistido de verdad? ¿Qué relación mantenían?

Todas aquellas preguntas obtendrían su respuesta con el tiempo. Ahora que Saamza había abierto el camino, sus colegas estarían ansiosos por estudiar sus descubrimientos y ampliarlos. En una semana los restos se iban a hacer públicos con todos los detalles, y el impacto afectaría a toda la sociedad. Era el descubrimiento del siglo.

Sabedor de todo esto, Saamza salió a la superficie y miró la puesta de sol con satisfacción. “Sin duda”, se dijo mientras se acariciaba las antenas, “este es el mayor descubrimiento que haya hecho jamás una cucaracha”.